

margaret randall

**todas
estamos
despiertas**

Siglo XXI prepara la publicación de un libro de testimonios de las mujeres nicaragüenses que participaron en la Revolución, recopilados por Margaret Randall, quien pasó en Nicaragua algunos meses llevando a cabo este trabajo. En su introducción a *Todas estamos despiertas*, Margaret Randall dice: "En la historia reciente de Nicaragua, la mujer ha tenido una participación cualitativa y cuantitativamente mayor que en otras luchas. Como señala la comandante Dora María Téllez, '...si ahorita la participación de la mujer en el proceso revolucionario nicaragüense no tiene precedentes, seguramente en la próxima revolución—se dé donde se dé—, la mujer va a tener una participación aún mayor que la que tuvo aquí.' Es el reconocimiento de una evolución ascendente y universal, en cuanto a la plena integración social del antaño considerado 'sexo débil'. Y estamos de acuerdo. Pero por lo extraordinario y aleccionador de su ejemplo, vale la pena detenernos en el caso de Nicaragua, situar a las mujeres nicaragüenses en su contexto social —pasado y presente—, seguir su historia de integración y —sobre todo— escuchar en sus propias voces, su problemática, compromiso, decisión, entrega, abnegación, coraje, inventiva, brillantez e insuperable condición de combatiente".

Las mujeres han sido una fuerza importante en la Revolución; su participación no se limitó, como en otros procesos, a tareas de apoyo, subordinadas, de retaguardia. Guerrilleras, responsables de células, correos, mujeres-soldado, mujeres-comandantes, sus palabras nos llegan después del triunfo y nos comunican la emoción de nuevas y antiguas luchas, con la fuerza también nueva del discurso femenino.

A continuación presentamos algunos de los testimonios que incluirá el libro. El primero es un fragmento de una entrevista a la Comandante Mónica Baltodano y los otros forman parte del capítulo "Las madres y las hijas" cuyo epígrafe de Virginia Woolf enuncia toda una concepción sobre la mujer: "Si somos mujeres, profundizamos hacia el pasado a través de nuestras madres...".

¿Qué hice yo en la insurrección?

Vos me preguntás si tuve alguna vez problemas en el mando por el hecho de ser mujer. Creo que tuve suerte en ese sentido. Por ejemplo, aquí en Managua, yo trabajé con Walter Mendoza, con Ramón Cabrales, con compañeros que tenían una mentalidad de hombres nuevos, compañeros nítidos pues, distintos a muchos. Yo creo que ni se les pasaba por la mente que yo era mujer, además de que yo tenía un prestigio, tenía experiencia, y no hubo problemas. Más bien dificultades podía haberlas con los compañeros cuando no me conocían. Pero se daba a nivel de colaboradores —sobre todo en el Norte, que el norteño tiene problemas grandes de machismo— pero a nivel de militancia no: nunca tuve problemas de ese tipo.

Y fijate bien una cosa: a veces entre los colaboradores se daba que no te ubicaban como responsable, sino como mujer. Entonces no le ayudaban a una lo mismo que al hombre. Incluso, vos sabés que vivir una en una casa de seguridad y creer que como está una mujer ahí de huésped, la mujer tiene que ayudar a barrer, ayudar a cocinar, a lavar los trastes —y uno con un motete de cartas que tenía que contestar, empezabas desde las cinco de la mañana hasta en la noche, pues, que salía, porque nosotros éramos de la vida en el Norte super clandestina, sólo de noche nos movíamos, todo el día trabajábamos y sólo en la noche salíamos a la calle. Entonces que la colaboradora entendiera que una era responsable, eso costaba. Incluso era difícil que comprendiera que podría llegar un compañero que iba para el monte, que comprendiera que aquel compañero que estaba todo el día sin hacer nada podía ayudar a lavar los trastes. El compañero lo entendía pero a veces la mujer de la casa no. "¿Cómo va a trabajar el hombre?" decía. O cómo es posible que yo no le lavara la ropa a Bayardo, decía una viejita, si yo era su mujer. Cosas que los compañeros ya entendían perfectamente, pero a veces los colaboradores no.

Te decía que la ofensiva final se inició aquí en Managua antes de lo que nosotros habíamos previsto, y que incluso tuvimos dificultad de trasladar las armas de la parte occidental a la parte oriental de la ciudad, que era donde íbamos a llevar a cabo la resistencia. En el Estado Mayor de Managua éramos tres: Oswaldo Lacayo, Raúl Venerio y yo. A los 12 días ya no teníamos municiones. Era terrible ver a los *compitas*.

¿Qué hice yo en la insurrección aquí? Anduve, tenía que recorrer todos los puntos donde se estaba combatiendo, todos los días salíamos a caminar y se nos pusieron los pies así. Era una zona enorme. Entonces de arriba para abajo: coordinando, haciendo trabajo político, haciendo que la gente en la barricada tuviera una disciplina.

Después vino la decisión de la retirada, esa retirada es histórica, ¿verdad?, porque tuvimos que retirarnos como con 7,000 personas entre civiles, niños y compañeros milicianos. Nos dividimos en grupos: la vanguardia, el centro donde iban todos los heridos —fue una de las cosas más terribles de la marcha: los heridos— y después la retaguardia.

Llegamos a Masaya. Después estuvimos en Carazo —permanecimos allí como una semana— y luego nos fuimos para Granada. Fijate que nos vamos a Granada sabiendo que ese día Somoza va a renunciar. Cuando pasamos por Masaya ya sabíamos la noticia. Pasamos en la madrugada, combatimos todo ese día y en la noche ya tenemos cercado lo que era La Pólvara. Yo recuerdo que hasta me bañé, y entonces una compañera que andaba con una cámara me preguntó: “¿A dónde vés?” “Voy a la toma”, le digo. Nos acercamos por el hospital, fijate, llegamos a una distancia donde está ese poste —así estábamos del comando— pero casa por casa, abriendo hoyos en las paredes, entonces llegamos y cuando ya estábamos apuntando pasamos a oír la voz que querían rendirse. Yo fui la quien habló con el guardia —ese diálogo está grabado y en película también— que salió envuelto en una bandera. No quería hablar conmigo porque yo era mujer.

Aunque tenga el hombre a la orilla

A veces se dió el caso de dos mujeres, madre e hija, quienes independientemente entraron a tener una vida política. Una hija expresa así el verdadero encuentro con su madre:

“Realmente con mi mamá siempre me he llevado bien, pero a raíz de que empiezo a trabajar en Jinotepe, ella veía que yo salía y que no le decía muchas cosas, entonces se dió un cierto conflicto en esa época. Ni ella comprendía, ni yo creía que le podía decir. Pero ya una vez que se integró, y sobre todo una vez presas las dos —y haber pasado por esa experiencia tremenda que es la tortura, las dos juntas— pues ya se superó el conflicto. Nos tratamos como militantes, como compañeras, y ahora somos buenas amigas realmente”.

Quien habla así es Rina Campos, hija mayor de Ruth Marcenaro, y hermana mayor de María Judith. El caso de Ruth y sus dos hijas ilustra de una manera bastante común, la nueva situación de madres e hijas nicaragüenses. Cuando a Ruth le pregunté por su esposo, me dijo:

“Es que yo tenía como 12 años de estar separada de él, ves; él no militó nunca, y tal vez hubiera sido un freno si hubiera estado viviendo conmigo. Tal vez hubiera frenado mi participación, como la mayoría de los hombres adultos...”.

Ruth tiene 38 años. Milita en el Frente Sandinista de Li-

beración Nacional desde 1975. Es madre de cuatro hijos: tres hembras y un varón. Fue la primera, pero no iba a ser la última entre las compañeras entrevistadas para este libro, que insistió que en Nicaragua —década de los '70— la mujer se hizo sentir con un peso especial en la lucha que desembocó en la liberación nacional. Aclara:

“Cuando hablo del hombre no me refiero a la juventud, que ésa, masivamente, sin distinción de sexo, se integró a la lucha. Me refiero al hombre adulto, al hombre mayor de 30, 35 años: a ése fue muy difícil incorporarlo, con pocas excepciones. Pero la mujer sí se integró desde todas las edades”.

Y especifica: “A mí en lo personal me parece que esto es peculiar en Nicaragua, y que no es casualidad. Posiblemente se debe a que la irresponsabilidad paterna es mucha, es muy alto el porcentaje de irresponsabilidad paterna aquí en el país. Esto significa que en la mayoría de los hogares —sobre todo de las clases bajas, de los sectores oprimidos— la economía del hogar está a cargo de la mujer. Y es suya también la carga síquica; es ella quien toma las decisiones. Incluso aunque esté casada y tenga el hombre a la orilla, ella es el verdadero jefe de la casa. El hombre tiene bien afianzado el machismo, y esto entraña una situación aparentemente ambigua: él es el hombre para asumir su papel de ‘jefe de familia’, pero para asumir las obligaciones económicas, la responsabilidad de la crianza y de educación de los hijos, para esas cosas, él ya no es el hombre”.

Como nicaragüense y como mujer explotada

Aunque el contexto de la lucha nicaragüense ha sido más común la influencia de la hija sobre la madre en cuanto a la integración política de ésta última, hay ejemplos donde se ve lo contrario. Mercedes Taleno y su hija Lesbia López vivían en el Open 3 —ahora Ciudad Sandino—, inmenso sector proletario a donde fueron a vivir muchos de los damnificados del terremoto de 1972. Mercedes es una mujer delgada pero fuerte, de 42 años, cada uno de los cuales le ha marcado el rostro sufrido. Cuando le entrevistamos trabajaba en la oficina de servicios y abastos de Seguridad del Estado, encargada de todo el movimiento de armas. Pero extrañaba el trabajo de masas, el contacto con la gente, con las mujeres sobre todo. Por eso, poco después entró a trabajar en la Asociación de Mujeres; organizando compañeras.

Lesbia acompañaba a su madre la noche de nuestra conversación, así como sus dos hijas: Maura, de dos años —producto de la violación de un guardia que la torturó en la cárcel— y un bebé de meses, hija de su compañero caído 14 días antes del triunfo. Lesbia tiene ahora 18 años. Trabaja en el Ejército.

Sabía que la violación y el resultante embarazo de Lesbia habían provocado una fuerte discusión en el seno del movimiento revolucionario dos años atrás. Hubo los que opinaban que la joven combatiente debería abortar el hijo que llevaba en su vientre, que había que aborrecer al producto de un



Foto de R.M. Roffiel

guardia, como si la paternidad en este caso fuese lo único real. Pero hubo un grupo —mayormente mujeres— que entendían que no, que el hijo que nacería sería tanto o más de la madre, y que debería no sólo nacer sino crecer como una bandera de lucha y de resistencia, una muestra de lo que es capaz la mujer cuando toma la determinación de luchar, a pesar de los riesgos y los ultrajes.

Ante nosotros, la madre y la hija. Y las hijitas, las nietas. Me interesó profundamente la vida de estas dos mujeres —de cada una como combatiente, y de la relación entre ambas. Mercedes habla sin quitar los ojos de encima. Su mirada —triste, pero de una claridad muy honda— da un peso adicional a sus palabras:

“Yo me inicié en el año ‘73, con Caritas de Nicaragua. Había llegado a Ciudad Sandino a fines del ‘72, con mis ocho hijos. Mi esposo nunca estaba de acuerdo con nada, nunca quiso que me metiera en la lucha. Hace dos años que nos separamos por lo mismo, pero entonces todavía vivía con nosotros. El me decía siempre que dejara eso, que pensara en mis hijos...pero yo le decía que precisamente pensando en mis hijos era que yo debía participar, que era un deber como nicaragüense y también como mujer explotada. Cuando yo cobré conciencia no hubo nada que me desviara de mi objetivo. Mi marido se valió de amistades, sacerdotes, todo, para persuadirme. Pero ya yo estaba resuelta.

“Es a través de mi ejemplo que se integran mis hijos, uno a uno. Mi hijo mayor, Edgar, cayó ahora en la etapa final, cayó el 20 de junio en la toma del comando de Chichigalpa. El era

del Estado Mayor de Chinandega. Tengo la satisfacción de haberle dado mi hijo a la patria, aunque no lo digo totalmente convencida —como algún día podré decirlo, seguramente— porque es muy reciente todavía la herida.

Mirá: amo grandemente a nuestra Revolución. No se imagina cómo. Antes estaba que iba a ofrecer mi vida o mi libertad; estaba conciente de eso. Pero ahora doblemente: si fuera preciso entregar mi vida, la entregaría. Ahora no son sólo los sacrificios, las lágrimas, sino es también la vida de mi hijo que está de por medio, entregada por esta causa tan hermosa.

“Todavía no estamos liberados totalmente, pero es el primer paso. aquí había mucha desconfianza de que pudiéramos contra un enemigo tan poderoso. pero yo siempre les infundía fe a los compañeros. Yo decía que ningún enemigo podía ser más poderoso que nuestro pueblo. Que aún cuando ellos tenían tanques, aviones, tanquetas y semejante poderío de armas, un ejército de miles y miles de soldados, yo decía que nosotros —el pueblo— era más fuerte que ellos.

“Nos miran siempre como si fuéramos insignificantes, hormigas, gusanos, pero la verdad no es esa. La verdad es que somos muy fuertes, cuando estamos unidos. Yo soy una simple mujer del pueblo. Una mujer sin escuela, sin estudios. Pero yo quise luchar, y luché. Transportaba armas, bombas, granadas, propaganda —todo en la cabeza como si fuera vegetales. A veces no podíamos conseguir un vehículo y yo tenía que cargar dos Garands, dos FALS, una 30-30, y una escope-

ta con sus respectivos parques y magazines; tenía que llevármelo todo en la cabeza. Llegué a ser la responsable política de las milicias de mi sector. Me reunía con las escuadras dos veces por semana.

“El compañero de mi hija era nuestro responsable en la Organización. Acaba de salir de la cárcel y yo sabía que en cualquier momento podría caer otra vez y que entonces no lo íbamos a volver a ver, que lo iban a matar de viaje. El miedo que tuve de que él siguiera arriesgándose me hizo tomar la decisión de desarmar todas las armas, empacarlas bien y como quien lleva ropa en la cabeza, así las empaqué y así me las encajé. Me iban golpeando —eran bien pesadas— pero el sacrificio nunca lo miré como tal. Al contrario: Todas esas pequeñas cosas me daban alegría, satisfacción. Yo siempre andaba con una arma bala en boca por si cualquier cosa. Estaba dispuesta a que no me cogiera la Guardia viva, sino muerta. Pensaba disparale a ellos y acabar conmigo misma, antes de caer en sus manos. Pero la Guardia nunca sospechó de mí, por la edad...”.

Foto de R.M. Roffiel



La edad de Mercedes: 42 años. En otra cultura, en otro lugar, podría ser la cima de la vida. El momento apropiado para darle una estirada a la piel de la cara, teñir el pelo y... a ver. En la Nicaragua cuya juventud recién llevó a cabo una guerra popular, fue la edad de una mujer suficientemente vieja para no provocar las sospechas de las fuerzas represivas. Pero miles de “viejas” como Mercedes jugaron un papel decisivo en la lucha. Dice ella:

“Esta Revolución se ha hecho de jóvenes, pero no se puede decir que personas mayores no hayan participado. La comprometida en este proceso ha sido la juventud porque los viejos tenemos más miedo tal vez, el temor de que vaya a morir un hijo, que vaya a caer preso: esa cosa egoísta de los padres. También la falta de consciencia. Pero al mirar a sus hijos comprometidos, ellos tuvieron que comprometerse también. Eso en muchos casos. En el caso mío, yo estaba primero que mi hijo, metida antes que él. Y antes que mi hija”.

Lesbia reacomoda la recién nacida en sus brazos, y empieza a hablar. La otra niña. Maura, sigue con enormes ojos las palabras de su madre. Esta mujer de 18 años describe su trayectoria, a través del Movimiento Cristiano. Relata como un 21 de febrero, pegando papeletas, fue capturada junto con otro compañero. Entrega una historia —como muchas— de tortura, de violación, de Corte Militar y cárcel, de decisión y de una gran capacidad de recuperación.

La muerte ha sido un común denominador en su vida: la muerte de su hermano, la muerte de todos los compañeros de una escuadra de la cual ella era la responsable política, la muerte de su propio compañero. ¿Cómo, en medio de tanta muerte, no iba a ser preciosa e importante la vida? La vida de sus dos hijas, nacidas cada una en situación difícil, pero afirmativa de esta misma fuerza de mujer. En el primer caso: la afirmación más difícil, la de una mujer capaz de levantarse sobre la humillación de la tortura y hacer del ultraje monstruoso una nueva vida para el futuro diferente. En el segundo: la afirmación de una hija nacida del amor, pero de un padre que moriría antes de conocerla acaso.

A esta mujer, plenamente integrada a pesar de estar sola con sus dos hijas pequeñas. Le pregunto acerca de la participación de la mujer en general. Comento que la participación durante la guerra ha sido enorme, pero muestro inquietud en cuanto a la situación actual de paz. Históricamente, en otros procesos revolucionarios, se ha dado el caso de los hombres capaces de aceptar una actitud de integración por parte de sus mujeres en tiempo de crisis, pero ya ganada la guerra —en una atmósfera en que los viejos valores tienden a imponerse— exigen de nuevo una actitud de servicio, una atención constante, la mujer “a mano” donde la pueda chequear y “cuidar”. Lesbia me mira como si viniera de otro planeta:

“Depende. Porque si la mujer está consciente no puede haber problemas así. El marido puede protestar, puede haber un montón de hijos, un montón de problemas, pero si la mujer es consciente va a participar. Ya participa. Tiene que seguir”.